

El fantasma de Trieste

Traducción: Teresa Meneses y Héctor Orestes Aguilar

Ovdje nema Boga: "Esta es una ciudad sin Dios." Era la frase que, dirigiéndose indignada hacia el pequeño Daniel, como si también sobre su inocencia cayese una parte de culpa por ese abandono divino, la tosca nodriza frecuentemente usaba para interrumpir sus prolongados silencios.

Trieste era entonces una ciudad viva y alegre. El puerto donde varaban naves, mercancías, riquezas de los rincones más remotos del mundo, parecía un bosque ondulante de árboles entreverados por las marañas de cordaje de las que, fustigadas por la bora, ondeaban las banderas de todos los pueblos de la tierra. El muelle era el paseo preferido de Daniel. Caminando lentamente con la nodriza por entre las bancas, entre el silbido de las grúas que revoloteaban sobre los vagones abandonados en inacabados rieles, entre el vocerío de los estibadores, las maldiciones de los marineros, el estrépito de los barriles lanzados desde lo alto de las naves a los muelles, el chiquillo, en toda esa confusión, andaba siempre a la búsqueda de un olor confuso en el que parecían fermentarse, a un tiempo, formando una nueva acritud después de haberse podrido una a una por separado, ásperas sustancias animales, marinas y terrestres. Los vagones abandonados a la orilla del mar exhalaban un áspero hedor de pieles de carnero desolladas, que un aroma denso de especias, de canela, de bramante fresco atrapaba a medio aire y mitigaba cuando no llegaba del fondo de las bodegas un tercer y más fuerte elemento, un miasma de detritus, de herrumbre salina, de nafta, de alquitrán, y penetraba como un explosivo puesto en las pieles de carnero y en la canela; luego todos esos olores se mezclaban, se condensaban y transformaban en algo benéfico, en nada mefítico, algo que la nariz dilatada del chiquillo absorbía ávidamente del aire hasta que su cabeza no experimentaba un aturdimiento y sus piernas una sensación de fatiga y de calor nervioso.

Así crecía Daniel, un poco a ciegas, atolondrado en medio del estruendo de esa ciudad y de su propia familia, o dicho mejor, de su padre, que de la frivolidad triestina era un típico representante. Si hubo un hombre que haya forjado un cuerpo sólo con el alma de su ciudad, ese hombre fue Giovanni Solospin, padre de Daniel, copropietario de la casa comercial *M. Solospin & Hijo*. La decadencia hacia la que fatalmente se encaminaba la firma, la actividad comercial

cada vez era más ficticia que Giani, como lo llamaban los amigos, la realizaba con hábiles maniobras y trucos bursátiles, aprovechándose de relaciones y amistades personales que saldaba con la simpatía y la mundanidad, con las comidas, con los paseos, con la caza, hasta con los amores, todo eso coincidía de manera impresionante con la naturaleza del hombre y de la ciudad que él tanto amaba. Y era un amor correspondido. El domingo, cuando Daniel salía con él en un carruaje descapotado, los acompañaban por la calle los saludos de media Trieste: los señores se quitaban el sombrero, las señoras con la sombrilla le mandaban a Giani misteriosas sonrisitas por debajo del velo, los pordioseros tendían el ojo y la mano con la prontitud de quien sabe que su plegaria no podrá ser desilusionada. El señor Giani iba hundido en el tambaleante asiento de piel. Afeitado, perfumado, vestido de gris claro, con el fuste de bambú ensartado bajo el brazo izquierdo, a la vez excitado e indolente a los saludos, a las sonrisas, a las manos que se levantaban sin cesar a lo largo del triunfal recorrido, acariciaba distraídamente la nuca ondulada del pequeño Daniel. Luego el carruaje se detenía en el café "Espejos", y descendían.

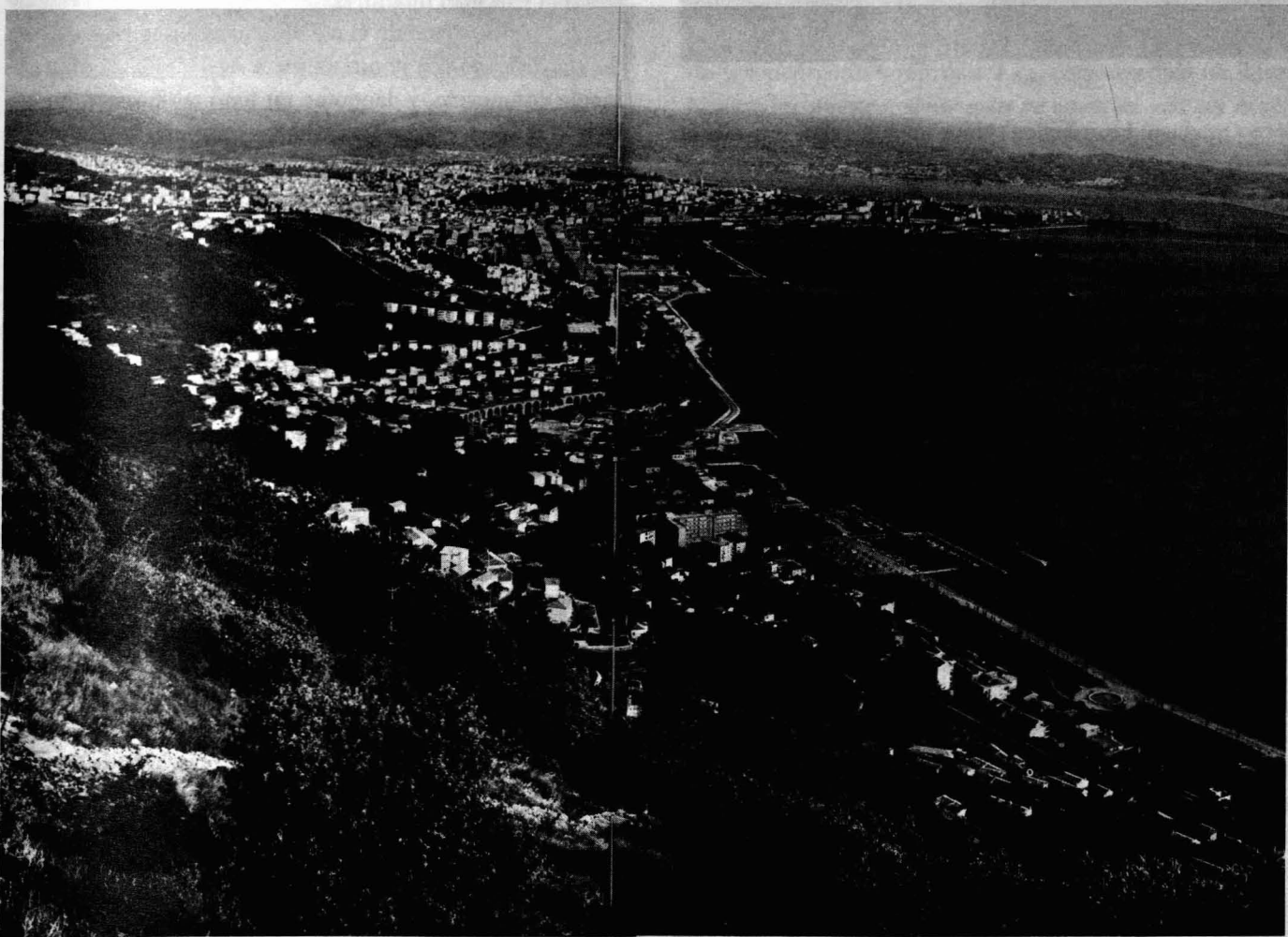
Naturalmente, en el café, Giani Solospin se volvía de inmediato el centro del corrillo más escandaloso. "¡Qué simpático!", "¡qué demonio!" eran las acostumbradas exclamaciones que de trecho en trecho interrumpían sus charlas condimentadas con palabras salerosas y de alusiones a menudo cómicas. El viudo alegre, como ya todos lo llamaban, incluso aquellos que él no conocía, era en verdad simpático: brillante, parlanchín, arrobador, contagiaba a su auditorio con una simpatía casi carnal, tanto que frecuentemente las señoras tenían que llevarse una mano a los brillantes ojos y gritar, simulando indignación entre la risa: "¡Giani, por Dios, basta... basta!" Se encontraba entre aquellas señoras, una exbailarina que había abandonado su carrera para casarse con un rico exportador, quien al sonreír enrojecía más que las otras, y aún más que las otras dejaba transpirar sincera indignación por las bromas que el viudo alegre lanzaba al corrillo fascinado por aquella boca tan aguda, picante, que parlotaba y sonreía sin parar.

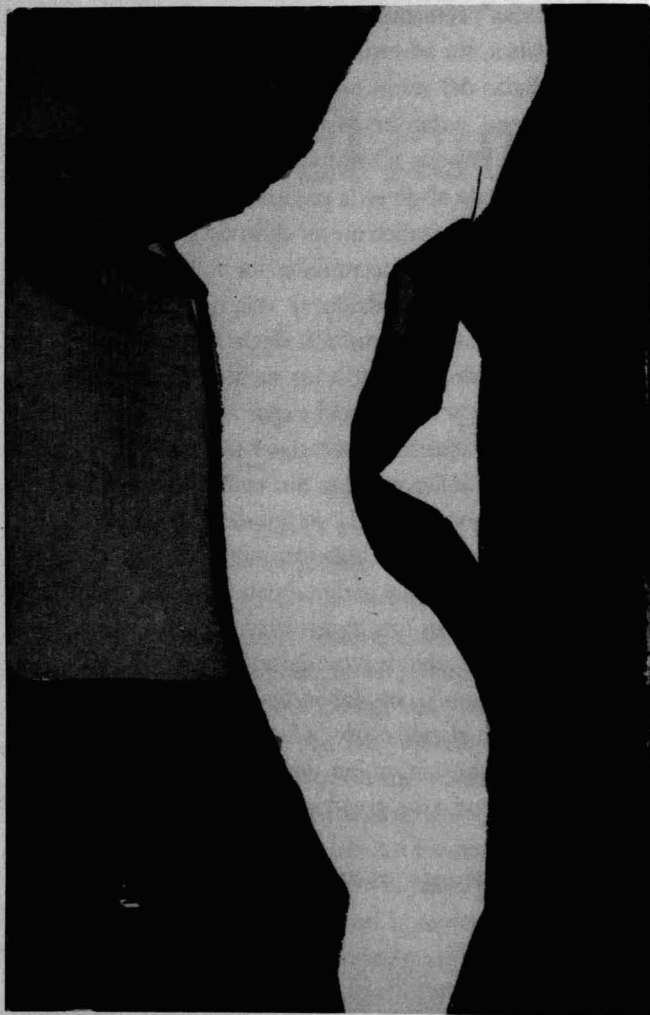
La bailarina, acompañada por el marido, un cincuentón velludo e irritable, participaba en todos los festines de la

casa Solospin y siempre, colmándolo de dulces y caricias le dirigía a Daniel, con un interés que parecía espontáneo, la clásica pregunta sobre el porvenir que le gustaría escogerse de grande. Pero antes que el chiquillo lograra imaginarse adulto e importante, respondía el padre quien practicaba el culto de la elocuencia: "Será abogado, y será un abogado de renombre." El abuelo juez, que era un lagarto en cuestión de abogados, reprobaba amargamente este capricho leguleyo del yerno y, con palabras inundadas por un arrebató que le amplificaba la voz con imprevistas vibraciones sonoras, gritaba que cuando una gran familia de comerciantes se rebajaba al nivel de los abogados, de los charlatanes, era un mal augurio. Quería decir que las cosas andaban mal, que el comercio, no teniendo ya confianza en sí mismo, trataba de sobrevivir con la complicidad del código civil, de la quiebra, del fraude. El señor Giani, excitado, lo rebatía diciendo que no era verdad, que al contrario, en el ejercicio de la abogacía, en el dominio de la ley, en la astucia jurídica, defensiva pero casi siempre victoriosa, estaba concentrada la esencia de ese culto por la carrera y el éxito particular de las grandes familias burguesas. La palabra y la argucia, decía, en todos los tiempos constituyeron la verdadera fuerza de Mercurio. Y repetía, exaltándose, dos veces: "¡Mercurio!, ¡Mercurio!"; para que adustamente de repente, sin ruborizarse, concluyera: "Nadie mejor que yo lo sabe."

"Palabrerías", remataba el abuelo, tanto para decir él la última palabra, sin advertir que, en el fondo, las opiniones desprejuiciadas del yerno no hacían más que avalar su moralismo. Luego, como de costumbre, sacaba a relucir a su Majestad y al Imperio. Durante estas polémicas el tío que vivía en el piso de abajo se la pasaba enroscándole nerviosamente con el dedo índice un mechón de pelos blancos a su perrito, que de repente terminaba por voltearse mordiendo el vacío, con un largo ladrido; se veía que al hermano del señor Giani le hubiese gustado decir muchas cosas, pero prefería callar, desahogando los nervios reprimidos en la piel de la pobre bestia. Para el exportador griego, tales discusiones eran demasiado abstractas y por lo tanto no turbaban su índole práctica y vulgar. Sin embargo el señor Giani, quizá azuzado por la mirada atenta de la bailarina, por su presencia, por aquella espalda que salía desnuda y deslumbrante de entre un muy audaz escote de seda, desplegaba en ciertos momentos una agresividad un poco ebria, de la que nunca se le hubiera considerado capaz. El único que permanecía tranquilo, sin dar indicios ni de ausencia ni de nerviosismo, era el médico de la familia, el taciturno y tartamudo doctor Janovich, quien desde hace años participaba en silencio en todas las estridentes reuniones de los Solospin.

Soltero, casi rayando los cuarenta, con un rostro de un ro-





sáceo maduro, los cabellos rubios apenas velados por una tristeza opalina, Ervino Janovich, tan huesudo y robusto, seguía mostrando cinco o seis años menos de cuantos en realidad tenía. Un par de lentes muy angostos con armazón de plata le empujaban sus dos selváticas cejas, recalcando, alrededor de los ojos, hundidos y sombríos, casi una doble sombra mineral. También hablaba poco porque en público tartamudeaba; pero lo incierto de la palabra, que lo hacía ruborizar, contrastaba drásticamente con la firmeza de su mirada. Era de origen eslavo y evitaba hacérselas pesar, en las conversaciones, a los amigos o a los pacientes. Se limitaba al silencio, incluso cuando ciertos malévolos discursos sobre las razas inferiores y superiores iban dirigidos adrede contra él.

“Me ligaba a éste médico el recuerdo devoto que él guardaba de mi madre, cuidada amorosamente y en vano por él. Cuánto había sido bella y virtuosa, la madre, nadie nunca me lo dijo, ni siquiera el abuelo, que prefería ignorar la muerte prematura de aquella que fue su única hija, en cambio me lo repetía, a cada oportunidad, el doctor y, conmigo, no tartamudeaba en lo absoluto. No se cansaba nunca de repetirme que la sombra de la madre, que yo, en los primeros años de la infancia, alcancé a vislumbrar por un instante, era nada, exactamente nada en comparación a la maravillosa mujer que él había tenido la fortuna de conocer antes del

mortal tifo: una creatura altiva, fuerte, incorrupta, que la muerte había arrancado a la abyección del tiempo. Con los años se fue haciendo cada vez más estrecha la intimidad entre el doctor y el chiquillo, el muchacho, el adolescente que me iba haciendo yo al ir creciendo. Cómplice de esta amistad, lo repito, era la memoria que alimentábamos juntos por mi madre; y así, una vez más, mi índole más bien acompasada y taciturna se ratificaba, no sin vago temor, en una muy personal y solitaria vocación a algo subrepticio, como un cavernoso borboteo musical, como una escuálida misa en un lugar desierto de fieles. Janovich que me hablaba de la madre difunta, la nodriza que me hablaba de Dios, el abuelo que me cantaba las óperas, resumían bien, dentro de mí, un sentimiento único, aunque desigual y contrastante, en tres voces distintas; tal vez discordes, pero no diferentes. La impresión a la que me llevaban mis tres apuntadores era siempre aquella: interpretar, incitado por ellos, un drama invisible y hostil a mi padre y a la ciudad entera, quienes continuaban, ‘sin Dios’, por su calle desparramada en vaivenes y alegría.” Y aquí Daniel abre un paréntesis: (“Sin embargo debo subrayar que tanto el padre, como Trieste, no me fastidiaban abiertamente, más bien el paseo dominical en carruaje, la parada en el café ‘Espejos’, la bailarina que coqueteaba con mi padre, todo esto no solamente no me irritaba, sino que extendía un velo sobre mi ánimo inconscientemente hostil, sedándolo. Porque yo participaba con una vivacidad infantil en las bromas y en las extravagancias del padre, y cuando él me sentenciaba una gran carrera de abogado, yo me ponía de pie sobre la silla, verdaderamente conmovido, y dándome un tono adulto, con un entrecejo que ofuscaba a los invitados, recorría, inquieto, mis ojos extasiados en los de ellos. Asumía con mucha seriedad mi papel, y con mucha inmodestia, que terminaba creyéndomelo y divirtiéndome de verdad; en el fondo la comedia me gustaba precisamente porque difería de mi verdadera naturaleza, de actor trágico y solitario.”)

Pero con el doctor Janovich, Daniel no tenía ninguna necesidad de ser falso, de exhibirse. Los discursos del médico, y hasta la dicción retardada con la que pronunciaba su extraño, áulico y duro italiano, forzaban la sinceridad de Daniel. El doctor, entre otras cosas, cultivaba con una pasión continuamente acrecentada por una erudición original y profunda, la historia de la ciudad. Después, cuando Daniel alcanzó una edad más madura, el médico erudito le confesó que todos aquellos estudios no habían servido más que para reconfirmarlo en el convencimiento de que Trieste era una ciudad históricamente excitante e insoportable: por un lado, en efecto, estimulaba al estudioso presentándose siempre tan nueva, tan virgen a la pesquisa, pero por otro lado lo deprimía, induciéndolo con su misma y desconcertante novedad a la confusión de los juicios. Por primera vez Daniel escuchó los nombres de Freud y de Marx, que el doctor Janovich, no se sabe con cuánta claridad, enarbolaba como arcángeles vengadores ante sus ojos.

Freud y Marx, estas dos deidades, sí, solamente ellos, ase-



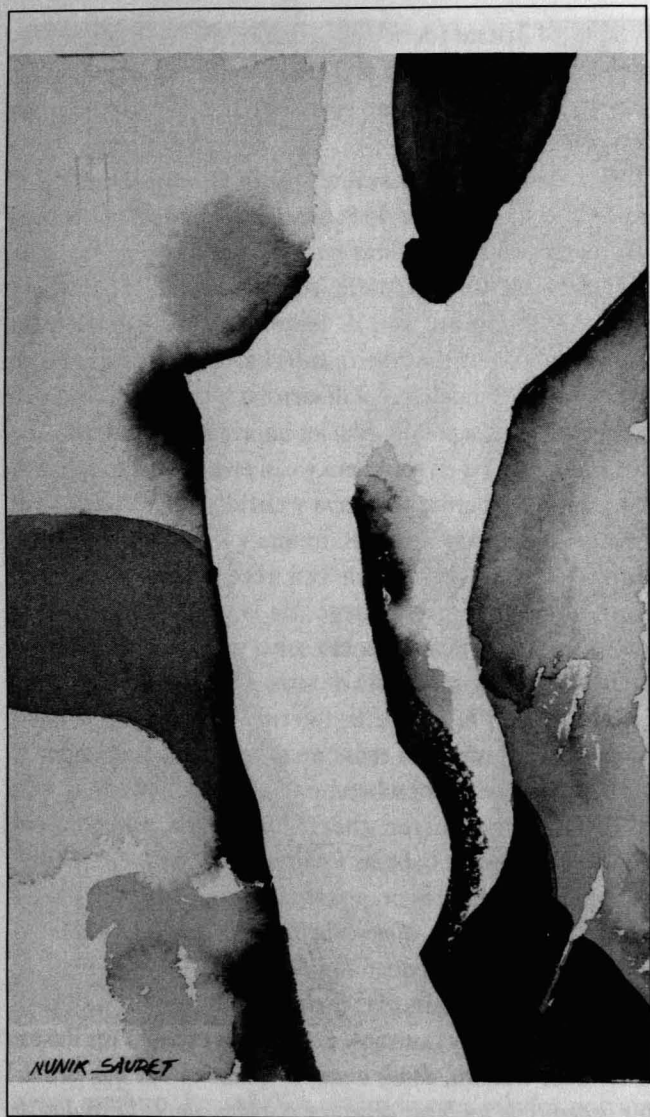
guraba el doctor, podían explicar la misteriosa virginidad de Trieste. Solamente con ellos se lograba penetrar en el subsuelo de una cierta irritada italianidad triestina, para descubrir un impulso de inconsciente rebelión, de los ciudadanos menos italianos, contra su rústico origen eslavo; y esta revuelta era preparada, fomentada y luego convertida en irredentismo por el censo, es decir por los privilegios conquistados por las coronas multiplicadas a escondidas en los depósitos de las bancas judías o vienesas de la ciudad. Hé aquí, pues, que el deseo de Italia se mezclaba a un deseo de ahorro, de riqueza, de potencia, de supremacía que, con la real y verdadera Italia ya casi nada tenía que ver. Por otra parte, los eslavos que permanecieron como tales aún después de la invasión del Carso a Trieste, oponían a la bárbara sed de posesión y de civilización de los hermanos “convertidos” una sed más pura, más bárbara todavía, tan sólo de posesión y de nada de civilización.

Esta representación de un gran emporio a merced del dinero, de las razas, del temor, apasionaba siempre al doctor Janovich, y un relámpago sanguíneo se encendía en esas sus pupilas hundidas como dos minúsculas piedras preciosas bajo el arco de las cejas levantadas y espesas oprimidas por los anteojos.

“Vea”, vociferaba, hablándole ya de usted a Daniel, pese a que con sus dos manos lo había sacado del vientre materno,

“vea: la tal Trieste (decía exactamente así) se siente importante sólo porque un día se despertó entre un saco de harina y otro de café... Pero no corramos, le ruego, escuchemos con orden y cuidado”.

“Poner un punto y una cifra” significaba empezar la historia de la ciudad a partir de la proclamación del puerto franco “que nos fue concedido en 1717 por esa zorra ama de casa imperial que fue María Teresa”. El doctor Janovich, como buen erudito, unía al fervor de la imaginación un amor fanático por el número, la fecha, la referencia, y las cifras, documentándolo en el desarrollo vertiginoso de la ciudad en sólo dos siglos de vida; les imprimía tal arrebato, que su voz aumentaba en ronquera y casi en angustia lo que a la par, contando, perdía en fuerza y claridad: “1717, cinco mil seiscientos habitantes... 1808, treinta y tres mil veinte habitantes... luego un descenso de casi trece mil bajo el dominio francés... Tome nota, le ruego, de la precariedad de esta Trieste en la que hemos nacido usted y yo: un pequeño descenso más, de algunos miles de vivos y la ciudad hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Pero no fue así. La casualidad, la historia, la economía, sobre todo la economía, se aliaron para nuestra sobrevivencia. Los dolores de la evolución social nos fueron ahorrados. Florencia tuvo a sus *Ciampi*, Londres sus Cabezas Redondas, París los *Sanculottes*. En cambio en nuestros orígenes no hay más que un bula de la zorra ama de casa, *l'imprimatur* que promovió la edición experimental de un pequeño puerto ingrato por naturaleza, abandonado por la historia, abatido por el viento, circundado por pedruscos y rastros. Ésta, como escribió un ilustre historiador nuestro, *donde antes no aparecían más que escuálidas imágenes de un lugar desierto y abandonado, es la ciudad de Trieste situada en el extremo del Adriático a 45°, 48' de latitud, y 2°, 20' de longitud occidental del meridiano de Viena*. Casi se diría que la cuidadosa sabiduría del meridiano de Viena, que en siglos anteriores había combinado y atravesado sin graves manifestaciones numerosas fórmulas políticas, del feudalismo al despotismo barroco, de la opresión semiconfesional al absolutismo iluminista, ahora tratara, aquí en Trieste, por mano de la inteligente ama de casa, un doble descongestionamiento: económico hacia el mar, y político hacia la democracia liberal. Hé aquí la tarea: Crear a la vez, en un laboratorio aislado por la cortina sanitaria del Carso, es decir fuera del tradicional tejido histórico de la *hinterland* que el nuevo germen hubiese podido corroer peligrosamente, un gran emporio comercial, una clase social moderna, emprendedora, una inyección revolucionaria en sentido burgués... El hecho es que en 1818 subimos a treinta y nueve mil quinientos diez habitantes. Así pues fundamos en *Lloyd* y, después de unos años, al fin llegamos a la belleza de setenta y cinco mil. ¡Espere un poco y verá, verá qué saltos mortales! En 1857, después que desde veinte años antes la vía ferrea nos había enlazado con el mar del Norte, alcanzamos los ciento veintitrés... ¿me entiende?... digo ciento veintitrés mil almas... para quedarnos hoy, en pleno 1909, en casi el doble, ¡a doscientos veinte mil! Ahora bien, tuvimos



un crecimiento de ciento ochenta y siete mil conciudadanos en un siglo. Se puede decir que en dos siglos nos formamos de la nada, de las piedras y del mar, un pedazo de carne artificial, un tumor que se convirtió en uno de los focos de infección más dementes de la reciente civilización europea."

Cada vez que el doctor Janovich llegaba a la civilización europea, se detenía bruscamente, y exhortaba a que la razón de Daniel resistiese y no se dejara arrollar por el torbellino de aquellas cifras locas, bajo las cuales corría la sangre adventicia, sin prejuicios, a menudo piratesca, de gente que llegó de todos los rincones del mundo a fundar, entre el Carso y Carnaro, una nueva raza de hombres bastardos y emprendedores. Decía a Daniel: "Se acuerda, jovencito, que con la ávida alegría de una cortesana Trieste, desde siempre, había favorecido a su híbrido desarrollo, tanto que fue un verdadero asilo de malhechores..."

Pero Daniel había dejado ya de escucharlo. Siempre, cuando el discurso del pedagogo se deslizaba en estas escabrosas aguas, en el cerebro del joven pupilo se abría un paréntesis y una interrogante, que le absorbían toda su atención. Las ambiguas insinuaciones históricas del doctor Janovich inevitablemente lograban el efecto de hacer confluir, como arroyos a una cascada, ciertas sospechas impre-

vistas de Daniel hacia ese retrato del bisabuelo con arracada de oro que pendía en la penumbra del comedor.

Las palabras del doctor le hacían ver el retrato bajo una luz del todo novedosa y menos que nunca tranquilizadora: ¿el fundador de la firma, el patriarca de los Solospin, el genial e inflexible constructor de los privilegios, de la fortuna, del poder de los Solospin, pudo haber sido entonces un truhán, un torvo aventurero buscado por todas las policías del mundo con excepción de la austriaca? Daniel observaba el árbol genealógico de los Solospin torcerse siniestramente bajo aquella tórrida luz de la verdad que el doctor Janovich dejaba escapar de sus propias palabras como desde una despiadada lente ustoria.

Pero el médico erudito apenas le exponía aquellas interrogantes, antes que aplacarlas, las recubría con un largo silencio, al que le introducía un vago, diplomático golpecito de tos. "Humm... hmm." Luego apagaba todo sonido con un amargo suspiro, y el discurso, a partir de aquí, se escurría hacia atrás.

El pedagogo se oprimía con el dedo índice los anteojos contra el arco prominente de las cejas y, congelando a Daniel con una mirada más fría que una ráfaga de bora invernal, proseguía diciendo que Mercurio siempre había reinado sobre Trieste. El señor Giani, su padre, en esto, solamente en esto, tenía razón. Por eso la historia de Trieste por un lado era vital, pero por otro era frígida, apagada: sin ideales, sin arte, sin espíritu...

Y así el pedagogo lograba evitar el escollo de la historia privada de los Solospin, que a Daniel le interesaba más que la historia de Trieste. Es decir: la historia de su familia le interesaba mucho más que la historia pública de toda la ciudad o, por lo menos, de todas las familias ricas de la ciudad, se la presentaban a sus ojos como insólitamente nueva y sugestiva. No obstante se daba cuenta, muy oscuramente, en su ansia de conocer mejor a los Solospin, que el doctor Janovich no hubiera podido explicarle más sin ofenderlo. Y hé aquí el comentario final de Daniel, comentario de un hombre, se entiende, adulto y ya alejado de aquel impaciente muchachillo de 1909:

"En el fondo, acaso indirectamente, y con una encomiable delicadeza contrastante a la huraña sinceridad de su naturaleza, él me había despejado el camino para hacerme llegar por sí solo a la verdadera, impura y bastarda fuente de mi sangre. ¿Entonces qué era yo, de dónde provenía, dónde se hundían mis raíces? Él, con su italiano tan puntiagudo y libresco, me había respondido poco más o menos así: 'Tú vienes de una ciudad agobiada por un histórico peso de higos secos y de algarrobos.' Pero ahora sé, con certeza, que a través de ese atajo lo que él exactamente pretendía era empujarme cautelosamente al fondo de mí mismo. Desgraciadamente, con otro tanto de exactitud hoy yo sé que resulta muy peligroso encaminar a un muchacho, un adolescente, hacia un precoz contacto con el misterio de sus propios orígenes, especialmente si estos son intrincados y oscuros." ◇